

La familia y la crisis actual de las jóvenes

Es un hecho indiscutible, que desde el final de la guerra sufre una crisis la juventud de ambos sexos.

Desde hace diez años las familias son el teatro de conflictos de opiniones y de sentimientos; conflictos muchas veces sordos y que no aparecen a la superficie; otras veces violentos; las lamentaciones de los padres son el eco de estos conflictos.

No se puede negar que la joven sufre más de este mal que sus hermanos o sus primos. El contraste es para ella más violento y penoso, al comparar lo que fueron antes las que la precedieron y lo que es ella misma. La causa principal del malestar y del desequilibrio que padece me parece ser una falta de adaptación a la nueva vida que debe llevar. Como no posee una formación de caracteres adecuada a las circunstancias, y recibió una educación que suponía un ambiente moral y social distinto del nuestro, se vió lanzada a un género de vida casi completamente renovado. La familia y las profesoras que tienen la misión de prolongar y ensanchar la acción pedagógica de la familia, no la han acostumbrado a gozar, según ciertas normas intangibles, de la iniciativa, de la libertad de movimientos que hoy, están permitidos. De aquí proviene una crisis grave y general de las jóvenes. Ya que todas pasan por ella, en grados distintos, en todos los países de nuestra Europa, y aún más en los Estados Unidos de América.

Y siendo esto así ¿qué debe hacerse? ¿Qué hacer? Completamente al revés de lo que hacen la mayoría de los padres. Ya que a ellos, lo mismo que a sus hijos, les falta la adaptación.

Muchos se han resignado. Les han dicho tantas veces que no están «a la page», que no comprenden a la juventud actual, que han acabado por creerlo; y al juzgarse insuficientes e incapaces, no reaccionan y permanecen inertes. Las exageraciones e indecencias de la moda merecen su indulgencia; cierran los ojos ante el título equivoco de la novela que su hija tiene entre las manos y encuentran natural que las jóvenes se pongan colorete, se pinten los labios, y hasta pregunten el nombre del último «lírt».

Otros encuentran más apropiado entregarse a críticas amargas e irritantes. Sus recriminaciones no consiguen otra cosa sino prolongar las desavenencias y agriar los conflictos. Sus lamentaciones no hacen más que afianzar a las hijas, enfadadas pero no convencidas, en su idea de que los padres están muy anticuados.

Si los dos procedimientos, la resignación fligida o las críticas vehementes no consiguen nada, ¿qué hay que hacer?

Para responder a esta pregunta, empezará por observar que los dos métodos aquí trazados, difieren sólo en aparien-

cia. Las diatribas son, en realidad, una forma de resignación, la forma agitada y ruidosa; en pocas palabras, una descarga nerviosa. Dan la ilusión de energía, pero son tan estériles y perezosas como la actitud resignada del otro grupo de padres. Si se grita mucho es para excusarse de no hacer nada. Y la falta común de los padres, tanto de los agitados como de los pasivos, es su inercia, el temor a los actos. Si la crisis es tan general y tan grave, no es toda la culpa de la juventud, de su presunción, del afán de independencia que la ha transformado; es también de la apatía de los padres. La guerra les pidió un esfuerzo tan prolongado, tan grande, que el armisticio, después de los entusiasmos de la victoria, les dejó cansados, sin más energías que las necesarias para una actividad puramente verbal. Muchos han renunciado a la intervención paciente, reflexiva, vigilante y discreta que requiere la educación de los hijos, la formación de su carácter, la elevación de su alma.

Es ya demasiado tarde para obrar de otro modo? Sólo los cobardes estiman la existencia de lo irreparable. Evidentemente se debería escribir un libro entero si se quisiese hacer un tratado de pedagogía familiar para exponer a los padres los deberes que les imponen las circunstancias presentes y la crisis actual. Pero los consejos y las prescripciones deberían inspirarse en algunos principios que formularemos aquí:

— Criticad menos y no creáis que con discursos os excusáis de actuar.

— Después de una seria reflexión, y si es preciso, de haberos aconsejado, fijad algunos puntos en los que os es imposible ceder. Os serán indicados no por las puras convenciones sociales, sino por las insinuaciones de la conciencia, que os advierte que sois responsables de las almas de vuestros hijos. Una vez establecidas estas posiciones, sed inquebrantables; no transijáis jamás al defenderlas. Dad siempre el ejemplo de lo que pedís a vuestros hijos. Tienen lógica y exigen de vuestra voluntad, que debe ser más fuerte, que no contradiga con sus actos, vuestras palabras.

— Preved el peligro verdadero, no tanto para criticarlo y señalar su malicia, como para apartarlo discretamente.

— Dejad obrar a la experiencia y ella sabrá dar, con sus inevitables decepciones, las lecciones que el tiempo les permite dar.

— Tened, en fin, un optimismo sano y verdadero, fundado en los recursos no sospechados de la juventud y en la confianza en Aquél que una vez calmó la tempestad del lago.

E. JANSSEUS.

(De «La Femme Belge»).

T. B. O.
 SEMANARIO INFANTIL
 Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados
 Historietas - Cuentos - Chascarrillos.
 Precio: 0'10 pesetas.
 Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintés Rotger, Plaza del Príncipe, 17.



La Moda en París

NOTAS SUELTAS

París, Septiembre de 1930.

Farece ser que en otoño y con respecto a los sombreros, el negro será el color preferido. A veces irá combinado con el blanco, aunque éste debe constituir, en general, una mancha blanca sobre la frente. También el verde tiene muchos partidarios, pero en los tonos fuertes. Igualmente se ven por ahí tonos amarillos, rojos, cada vez más pardos.

Los zapatos y las joyas se llevarán haciendo juego y el conjunto se extenderá incluso al color del cabello, de manera que éste armonice con el resto del traje. Como ya se comprende, la señora que tenga el cabello cano y hasta blanco del todo no solamente no lo disimulará, sino que algunos de sus trajes armonizarán con el tono gris o plateado de su cabeza.

También convendrá que nos acostumbremos a la idea de volver otra vez a llevar rojajo. Lo exigen así algunos trajes creados para el invierno o que no podrán de otra manera hacer resaltar sus líneas.

Por el momento continúa la moda de los sombreros blancos. Se ven grandes, pequeños, de panamá, de shantung piqué o de terciopelo, *coulissé*, que es gran moda. Para los primeros días de septiembre se llevan los sombreritos de *chenille* o de punto de seda. El terciopelo se trabaja de mil maneras diferentes. Las grandes modistas hacen con él grandes capelines sencillamente adornadas con un nudo de cinta y también pequeñas tocas con ramitos de flores de terciopelo. Para deportes y traje de mañana se llevan los fieltros lisos, de doble ala.

Por fortuna ha pasado ya el tiempo en que los adornos femeninos habían de consistir únicamente en joyas caras, de oro y otros metales preciosos y pedrerías. En la actualidad se hacen unos adornos de mil materias, sin ninguna pretensión por lo que se refiere a su valor, pero que producen magníficos efectos que quizás no lograrían las joyas caras.

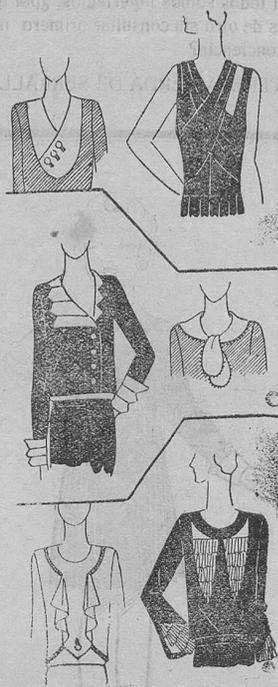
Es de celebrar este espíritu y, sobre todo, porque así nuestras elegantes pueden hallar, en cualquier momento, los adornos que mejor armonice o contrasten, según los casos, con el traje o el tocado que hayan elegido.

Existen ya, además de las grandes fábricas de joyas y de adornos de fantasía verdaderos artistas que se dedican a crear modelos nuevos y ciertamente fascinadores. Lo que antes se calificaba

desdeñosamente de falsificación, ha pasado a ser un nuevo arte delicado y exquisito.

Nada es tan elegante y agradable como un collar que armonice con un traje de noche. Y no solamente se hacen collares verdaderamente suntuosos y de un gusto delicado, capaces de satisfacer la fantasía de las mujeres más refinadas, sino que también hay a su disposición pulseras, broches, *pendentifs* y multitud de pequeños adornos, algunos de los cuales van destinados a completar un detalle del traje o el adorno del sombrero.

Los modistos y los dibujantes de modas hacen frecuente uso de este nuevo detalle de distinción y así es corriente ver en los modelos de trajes y de sombreros, y hasta en los zapatos, que el adorno consiste precisamente en estas de-



liciosas baratijas que la industria y el buen gusto nos han proporcionado.

Con respecto a su uso quisieramos hacer una advertencia. Si copiamos un traje o un tocado entero, en cuyo modelo hayamos visto determinado adorno, que se caracterice por su forma o su color, convendrá usar exactamente el que esté indicado, porque estos pequeños detalles que realzan la elegancia del traje, no han sido puestos allí sin haber hecho numerosas pruebas. Un cambio acerca del particular podría tener desastrosas consecuencias.

JACQUELINE.

IMPACIENCIA

Gran defecto es el de la impaciencia, tanto más pernicioso cuanto menos combatido es por el esfuerzo personal.

La virtud es lo que aminora los defectos y el trabajar para corregirlos, perfecciona la humanidad.

La impaciencia acrecienta los estados morbosos, y los enfermos aquejados de neurosis deben combatirla con todas las fuerzas que Dios les conceda.

Para impedir el desarrollo y extensión del terrible mal, debe trabajarse denodadamente para que los temperamentos nerviosos no se abandonen a su tendencia desequilibrada, que fomenta la enfermedad.

El esfuerzo del paciente puede conducirle al mejoramiento, pero para esto es menester buscar el equilibrio dominando sus defectos y hallando en la virtud el equilibrio necesario.

En la virtud estriba el remedio verdadero, y la fuerza de voluntad, apoyada en Dios, es la que mitiga los defectos engendrados por los desacier-

tos que todos cometemos. Querer es poder, y vencer la impaciencia, dominándola desde el primer impulso, es lo más oportuno y necesario. Contra la impaciencia no hay más que la paciencia, dominando con fuerza todo movimiento impetuoso, entregándose de buena voluntad a la quietud y a la tranquilidad, tratando de corregir todos los movimientos de impaciencia, que son sumamente nocivos, y buscando la apetecible calma para mejorarse. Esto es lo que procede si se quiere encontrar la tranquilidad, apreciable remedio físico moral.

No se busquen demasiado los remedios de farmacia; búsquense en la psicoterapia y en la corrección moral, para que el enfermo se despoje de los defectos que una inadecuada educación haya engendrado en él.

PILAR MONIAL

MEDITANDO

Cuando pienso que hay seres que creen ser comprensibles en el alma ajena, no pueden por menos de dibujar mis labios una sonrisa de duda.

Los humanos somos incrédulos por instinto; para creer a veces la verdad es necesario, la mayoría de las veces, el sacrificio de alguna vida.

Si todos somos imperfectos, ¿por qué murmuramos de otro sin consultar primero nuestra propia conciencia?

TERESA CERDÁ DE SERRALLONGA



Del poeta de los cantares

I

Al tiempo doy el encargo que olvides ese cariño, y ya verás como el tiempo cumplirá lo que le pido.

II

Te estás haciendo el picado y a mí poco se me da; ¡jal que le plea se rasca! ¡con que emplézate a rascar!

III

Procura que ella no sepa que le vas tomando miedo, que si logra apercibirse ya tienes perdido el juego.

IV

Porque alabé al que era bueno quieren los demás mi daño, que no puede alabarse ni lo justo, ni lo honrado.

V

Para luchar con el mundo me siento viejo y cansado y así pronto han de vencerme envidiosos y malvados

VI

Rayos de sol y claveles cogió Dios una mañana, volcó después el salero... ¡y formó la sevillana!

VII

Son los años para el viejo como viajeros que llegan despojados de ilusiones y cargados de tristezas.

VIII

A la puerta de tu casa me asomé poquito a poco, y busqué luz, mucha luz, en los soles de tus ojos.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR

EL RECUERDO

¡Ovidiar!... ¡Ovidiar!... Oh, quién pudiera

catrizar el corazón herido con el letal beleño del olvido por conseguir así, que se durmiera. Más es inútil pretender que muera lo que a la vida misma vive asido, lo que al calor de aquella, ha florecido con pujanza viril de Primavera. No se puede olvidar cuando se ha amado, y si el feliz recuerdo del pasado torna de nuevo a atormentar tu mente, no lo apartes, mujer, que será en vano, pues nunca borra el corazón humano lo que vive con él eternamente.

ANTONIO VALERO Y ALUFRE

FOLLETIN DE «EL BIEN PUBLICO»

EL SECRETARIO

POR

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(87)

que había visto al P. Arasti; modestamente vestida con un trajecito sencillo, pero tan llena de señoril distinción, que bastaba mirarla para adivinar su alta condición próspera. Sonreía feliz... ¡Qué dichosa era entonces! Gonzalo pensó lo que debía haber sufrido aquella joven alma, que desconocía el dolor, durante los meses horribles de soledad y duelo. ¡Y él que la abandonó también, como un indiferente! ¡Cómo se sentía culpable y arrepentido entonces!

—¡Te quiero...! ¡Te quiero! Me estoy engañando a mí mismo tonfamente... murmuró, besándola frenético.

Sentóse en el sillón; apoyó los codos en la mesa y, cogiéndose con ambas manos la cabeza, entregóse mudo y sombrío a la contemplación del retrato, yendo sus ojos desde la hermosa

figura a las palabras afectuosas de la dedicataria. ¡Aunque no las mirara fuérale imposible olvidarlas por haberlas repetido a sus solas tantas veces...!

Al contemplar la imagen suspiraba, recordando los pasados días; palpaba anhelante al soñar lo que su vida hubiese podido ser junto a ella, y se desesperaba sombríamente al entrever la foscor del porvenir. Tristes y negros horizontes del alma.

Embebido en su contemplación, viéndose ensimismado una hora solemne de recordaciones sentimentales, no advirtió la llegada de María Victoria Mur, que muía, con una expresión huraña en el semblante, se había detenido en el umbral de la entreabierta estancia, al verle tan entregado en su labor contemplativa.

—Mira su retrato. —pensó.—El retrato de esa novia a quien no ha podido olvidar.

Acentuóse más la amargura de su boca, el fruncimiento arisco de su ceño. Sus ojos violeta adquirieron una fría y enérgica tonalidad, como de persona decidida a todo. La lucha tenaz y formidable había finado para siem-

pre; el corazón, desgarrado y vencido en aquel punzante zarzal, sucumbía en una agonía de muerte, pero el cerebro, alentado por la robusta fuerza del orgullo, conocía el camino que había de seguir en aquel trance y, dominando el amor, el odio, la piedad, los sentimientos tolos, iba estoico y sereno a cumplir su deber, a salvar los restos de su felicidad, buscando una esperanza en aquella última desesperación; a poner en el sitio debido su dignidad de mujer y su orgullo de gran dama.

Al intentar andar tropezó con una mesita en la cual estaba la máquina de escribir del duque, regalada por ella, como un recuerdo, al secretario. El opaco ruido hizo volver la cabeza al joven todo sobresaltado, y al ver a María Victoria Mur, con ademán tan temeroso, arrimada a la mesita, vestida de luto, con la cara demudada y los ojos extraviados, pensó que fuese un fantasma acudido a la fuerza de un conjuro, que la intensidad de su pensamiento, fijo en ella, llevábala hasta él.

Levantóse de un salto con el alma invadida súbitamente por una oleada de piedad y de ternura, con los bra-

zos tendidos hacia ella en mudo gesto suplicante.

—¡María Victoria, vida mía...!

Al ademán implorante de Gonzalo Estrada respondió ella con una mirada tan fría que el joven dejó caer los brazos anonadado.

—Buenas noches, querido tutor—dijo serenamente, acercándose a él.

Y sin conmoverse ante el aspecto dolorido del pobre Estrada, continuó: —Vengo a solicitar de usted licencia para ausentarme durante unos meses. No me siento buena y he pensado pasar una temporada viajando por Italia.

Gonzalo Estrada, con los ojos desmesuradamente abiertos, oía sin comprender; tal era la magnitud de su dolor y de su asombro.

Con voz ronca, sin vibraciones, voz tristísima de agonía, murmuró: —¿Marcharse?... ¿Ha dicho usted que se quiere marchar?... No debí haber oído bien. ¿Quiere usted repetirlo, María Victoria?

—Sí ha oído usted bien: he dicho que solicito su permiso para irme por unos meses...

—¿Qué le hemos hecho en esta ca-

sa? ¿No ha encontrado usted en mi madre una amiga leal, en mi hermano un hermano, en mí... ¡Oh...! —Se desahucio dolorosamente—. ¿Qué ha encontrado usted en mí para dejarse tan precipitadamente?

La pena, el dolor de su acento, como movieron a María Victoria; pero encima de la mesa, estaba el retrato de aquella mujer por quien había sido traicionada, y sintió otra vez los celos y el despecho rugir desenfrenados en su alma.

—¡Bah!... No exagere usted las cosas, querido tutor. Una vez pasado el período de abatimiento que sigue a los golpes dolorosos de la vida; era necesario que llegase el resurgir y, con él, el ansia de variación y de movimiento. Ha llegado esa hora y, cansada de la encantadora monotonía del pueblo... nunca de la compañía de ustedes, a quienes tanto quiero, deseo cambiar de ambiente por ver si mi salud se refuerza...

—¡Ingrata!... ¡Ingrata! —murmuró amargamente el joven.

—¿Es usted quien habla de ingraticudes?—repuó ella con fría ironía, acercándose a él.



sal y pimienta. Cuando está a medio pasar, se echan nabos rehogados e manteca y de buen color, se desengrasa, se deja menguar la salsa y se sirve.

PERDICES A LA BARCELONESA

Bien limpias y untadas de manteca se sobreasan en parrillas; luego se ponen en una cazuela con perejil, pimienta, sal, aceite, crudo, hojas de laurel, unas ruedas de limón y naranja; ejo machacados y caldo que las cubra; cuando estén cocidas se apartan, y, por cada ave, se pone una yema de huevo batida.

LECCIONES DE COSAS

Para la blancura de las manos, conviene acostumbrarse a lavarlas siempre con agua tibia, luego de limpias y secas sumergirlas en: agua tibia, 500 gramos; ácido sulfúrico, 2 gramos; tinctura de mirra, gramo y medio.

Hay que practicar diariamente la inmersión.

Los agujeros que quedan en la pared después de arrancar los clavos se tapan con serrín fino, mezclado con engrudo. Para disminuir mejor se pinta luego por encima el sitio del agujero con pintura del mismo color que la pared.

Los rábanos no deben pelarse nunca hasta el momento de sacarlos a la mesa, pues cuanto más tiempo estén pelados, tanto más pronto perderá su gusto particular, haciéndose rápidamente dulces e insípidos.

Cuando se sale el mango de un cuchillo se le frotta otra vez en su sitio de la siguiente manera: líñese el hueco del mango con resina pulverizada, caliéntese hasta que se ponga roja la parte de hierro de la hoja que entra en el mango y métese en éste. Cuando se enfrían las dos partes se verá que están perfectamente unidas.

Para quitar las manchas de café del satén, de la seda y de cualquier tejido delicado, aunque el café esté mezclado con leche, se aplica glicerina pura, se frota suavemente con un trapito limpio y se aclaran con agua caliente las partes manchadas, secándolas luego con una plancha. Para esta operación hay que cubrir el rejido con un paño.

Es muy conveniente tener en las casas tintura de yodo, por ser un gran remedio para curar las heridas mientras las reconoce el médico; pero conviene echar un cristal de yoduro potásico en la tintura para evitar que se forme el ácido iodhídrico, que es muy perjudicial si se usa al exterior y mucho más si es para tomar a gotas.

PENSAMIENTOS

La mujer bella es acosada tal como lo es el liebre por parte de los cazadores.

—La mujer coqueta es el epílogo de la felicidad.

—Los necios enamorados son entes revestidos de carcoma; sólo les tiende la mano la corrupción.

—Dos corazones que no se comprendan se parecen lo mismo que la guerra y la paz; lo uno es lo contrario de lo otro.

—La mentira es el enemigo del amor.

T. F.

Imp. de Manuel Sintes Rotger. — Plaza de...